



TEATROS.

Sala de espectáculo de Nantes.

Desde que empezaron à desterrarse de nuestro suelo las sombras del oscurantismo y de la barbarie, hemos visto sucesivamente aparecer uno y otro destello de ilustracion y adelanto, como una consecuencia necesaria del nuevo estado de civilization. En las sociedades establecidas bajo los principios de libertad, los teatros son una de las palancas que mas las sostienen, porque con ellos se difunden las luces y se enfrena al mismo tiempo el torrente de las pasiones con el ejemplo vivo, palpitante, de hechos anteriores ó contemporáneos que nos abren los ojos de la razon, y nos enseñan el camino recto que debemos seguir para lograr la felicidad que deseamos. La cuna, por decirlo así, de esta nueva escuela, está en nuestro suelo, porque en él han nacido esos ingenios que fomentaron la afición al teatro, que enriquecieron nuestros archivos, y prestaron aun campo á los que despues sobresalieron en los estráños países.

Sin embargo de esta honrosa antigüedad; sin atender á los beneficios que ha prestado á España la instalacion del teatro, en ninguna época hemos tenido un coliseo que sea digno representante de las glorias de su género, cuando en cualquier pueblo extranjero por pequeño que sea, se tiene á gala, á orgullo, presentar la sala de sus espectáculos públicos como el mejor monumento que encierra sus murallas ó se levanta sobre su suelo. Es verdad que el estímulo á las artes ha estado siempre descuidado entre nosotros, y que nuestras continuas guerras civiles nos retraen de asistir á los recreos del alma, pero esto, á nuestro modo de ver, no es una razon para tan criminal y remarcable descuido. Concedemos que las empresas particulares apenas pueden atender á cubrir anualmente sus gastos; concedemos que el público en su mayoría no es decididamente afecto al teatro, pero no podemos conceder que el Gobierno olvide lo primero, y que el celo de las empresas no trate de sacudir la inercia de lo segundo; además las glorias nacionales no se han de mirar nunca por el lado de interés y especulacion, hay otra consideracion mas alta; mas noble; el orgullo nacional, esa honrosa envidia que debe existir siempre entre los países, porque ella es el mejor estímulo para las artes, ya que dentro de unas mismas fronteras no se procura desarrollar en el seno de la paz los gérmenes de prosperidad que tan en abundancia existen en nuestro suelo. Los teatros de Barcelona y aun el nuevo de Cádiz, son sin duda los mejores de España, y sin embargo, no son mas que un mezquino reflejo de los peores del extranjero. En Madrid carecemos completamente de un coliseo, y repetimos que carecemos, porque cualquiera otro, el de Sevilla por ejemplo,

ofrece mas comodidad y elegancia que la Cruz, el Príncipe y el Circo: continuamente se están haciendo á estas obras que podrian llamarse *remiendos mercantiles*, porque al paso que le lavan un poco la cara con perjuicio del buen gusto y la comodidad, aumentan los ingresos al empresario, sin redundar un beneficio al espectador. Ya hemos dicho que esta conducta no es estraña, si se atiende á que raras veces en las especulaciones teatrales sale ganancioso el especulador, mas tambien insistimos, en que el gobierno por su cuenta debia llenar estas necesidades, comprendiendo que la administracion de un país no se limita á rejirlo políticamente, sino que tambien se estiende á saber engrandecerlo con los mismos medios que él presta, y que en ninguna parte abundan tanto como en España.

El teatro de Oriente parece que ahora vá á concluirse por cuenta del Sr. Salamanca; y si esta noticia es cierta, no dudamos un momento que este desprendido capitalista procurará, en la parte del escenario, hacer las mejoras que otros países han hecho, teniendo á la vista buenos modelos y valiéndose de entendidos arquitectos. Nosotros por nuestra parte creemos que prestamos un buen servicio, tanto á la escena como á nuestros lectores, presentando la vista exacta del teatro de Nantes, obra que ni es muy complicada ni costosa, pero que reúne á la belleza exterior cuanto puede apetecer un empresario para sus intereses, y un público para su comodidad.

La falta de asistencia al teatro proviene de distintas causas: la primera y principal es, la poca homogeneidad de las compañías cómicas, que en la mayor parte se componen de *chupanis* y *racionistas*; al paso que al público se le exige una retribucion como si fuese á ver en cada actor un Talma, y en cada actriz una Matilde Diez: esto es un defecto grandísimo, y esto es no conocer las empresas sus intereses; al ajustarse una compañía deben desaparecer todos los resentimientos y todas las envidias miserables, porque así conviene á los que trabajan, y al público que sostiene.

Despues viene la falta de obras originales, cuyo mal hiera á la literatura nacional, y afecta á los intereses particulares; una traduccion no deja de ser nunca una obra estraña, juzgada ya, y cuya novedad no pasa de la primera noche; las traducciones, á nuestro juicio, deberian desterrarse del teatro.

La última causa que vamos á apuntar, es la existencia de tanto teatro casero, verdadera polilla de la literatura, donde si bien los que trabajan timentan el vado para lanzarse á los teatros públicos, el espectador que es convidado no los juzga, porque allí no vá á ver un drama, ni una comedia (se llevaria un gran chasco) sino á reunirse en sociedad como pudiera hacerlo en un café ó en una tertulia; allí se reúnen los amantes y los que aspiran á relaciones; estos ya se sabe que no pueden ocuparse de lo que se representa: lo restante de la sociedad público, por su estado ya no está en ocasion de discernir

lo que escucha; así es que no prestando las sociedades interés alguno, quitan á los teatros principales una entrada segura, y que de derecho les corresponde.

Tal vez otro dia nos volveremos á ocupar de este asunto, para consagrar algunas líneas al teatro de Variedades, cuya necesidad han reconocido todos ó la mayor parte de nuestros cofrades. Por hoy creemos haber dicho lo suficiente.

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



EL DIA DE MI SANTO.

A mi querido amigo Mr. Beltran Lagailarde.

Bo, querido Beltran, tengo, como todo pecador, un dia en que celebro el aniversario de mi santo, y una linda muchacha á quien digo amores. Esta hermosa niña tiene, en mal hora, una primita, de quince años la cual por ser mi tocaya, celebró sus dias el 19 de Marzo. ¡Oh que dia, caro amigo! En fin, ya pasó, y juro olvidarme para siempre, no digo de mi santo, sino de todos los que componen la corte celestial, no siendo para dirigirles mis escasas oraciones.

El dia de nuestro santo, es, digámoslo así, un prelude, un ensayo, un compendio de otro mas grande, mas tonto y mas fastidioso; hablo del dia de la boda. En este dia y el anterior, los novios y todos sus allegados, no comen, no duermen, ni hacen nada con acierto; todo se vuelve prepararse y adornarse para ponerse despues á la critica de cuatro majaderos que acuden á la boda con la sana intencion de que su estómago se refuerze, creyendo pagar el convite con cuatro frases insulsas y mas de cuarenta inmorales y hasta desvergonzadas. Oh ¡un dia de boda, dicen algunos, no hay cosa mas divertida! Yo tengo para mí que es el dia mas cruel que puede sufrir un triste prógimo, que ademas de cargar con tantas obligaciones y pagar el banquete á cuatro glotonos, solo consigue, por fruto de sus desvelos, esponerse á la crítica y sarcasmo de los amigos gorrinos sus comensales. Si yo me caso, prometo á mis amigos que lo sabran al año siguiente.

Pero basta del dia de boda y volvamos al de mi santo.

Madrugué segun mi inveterada costumbre, y salí de casa, como decimos generalmente, armado de punta en blanco, á cosa de las doce de la mañana. Contarte las innumerables felicitaciones que recibí, los cumplidos que se me dirijieron, y los ponches y copas que tube que pagar en el calé,

es empresa superior á mis fuerzas, y ademas no quiero despertar en mi corazon tan dolorosos recuerdos como quedaron en mi magro bolsillo. En la calle de la Montera encontré á mi hermosa niña, la que me previno que no faltara al anochecer en casa de su prima, pues que allí la encontraria y tendriamos el doble placer de vernos; placer que yo hubiera renunciado muy gustoso, si hubiera podido precaver la horrible, ó mas bien risible catástrofe que me iba á suceder.

Sin que nada particular me ocurriera durante el dia, me dirigí á las seis de la tarde, á casa de la prima de mi amada, y por no saber bien las señas, quiso el diablo que me equivoque y llamára distraído en el cuarto principal; salieron á abrir la puerta dos niñas como de doce á quince años, y preguntando por el sugeto que buscaba, me respondió la mayor: «yo es aquí, es arriba, en el cuarto segundo;» al mismo tiempo que con la mayor candidez me decia la mas pequeña, «ese caballero vive precisamente encima de nosotras.» Las di mil gracias por su amabilidad, y me dirigí al cuarto segundo, envidiando á mi conocido la suerte de vivir precisamente encima de aquellas niñas.

Don Marcos de Veraguas, que este es el nombre del padre de mi presunta prima, es un hombre de unos cincuenta años y de un volúmen tan considerable, que tendrá su cintura unas tres varas de circunferencia; desde que salió de la escuela entró á servir una plaza de meritorio en correos; en donde al cabo de 30 años de servicio llegó á oficial con cinco mil reales de sueldo; de esta manera creia haber subido al pináculo de su felicidad; ¡pero cuanto se engañaba! Vino el tiempo de las reformas y de las injusticias, como él dice, y fué separado de su destino, para colocar en él al hijo de un primo del sastre que vestía á un cierto Señor; niño que si no servia para el caso, tenia las mejores disposiciones para el porvenir y prometia ser hombre andando el tiempo. Afortunadamente su familia no es muy numerosa, pues solo se compone de Doña Lucía, su esposa, de unos treinta y cuatro años, Pepita, de unos 15 y de Justito, niño pesado y sobon de unos 6 años.

Al entrar en la sala ví toda la familia cerca de una camilla cubierta con un tapete verde, y bajo la cual se hallaba el brasero. Estaba ademas de tertulia una señora gruesa, de unos sesenta años, llamada Doña Telesfora, muy amiga de Don Marcos, porque su primer esposo fué tambien escribiente de correos; el segundo oficial de Infanteria; el tercero procurador; el cuarto intendente militar; y el quinto y último repostero de una gran fonda. Doña Telesfora fué sin duda alguna, en sus mocedades, lo que llamamos una buena moza, pero de todos sus *pretéritos* no conserva al *presente* mas que el peso de unas diez arrobas, gracias al oficio de su último marido, un deseo de hablar continuamente, merced á su tercero, y un orgullo despótico que se le pegó del segundo y cuarto.

A su derecha se hallaba Don Leon Crudeza, antiguo militar que se retiró, graduado de teniente, el año de 1840, despues de haber prestado sus servicios en la campaña gloriosa de la Independencia. Tendrá unos 60 años, eujuto de carnes y tan largo que pudiera encender un cigarro, sin empinarse, en la vela de un cirio pascual; es muy razonable en su trato, mientras no se ponga á contar sus campañas ó sus aventuras amorosas; en esto no tiene igual, y es tan osado, que ha tenido la audacia de poner los ojos y el corazon en Doña Telesfora, con tanto empeño, que la buena señora ha tenido que ponerse en guardia y echar mano para su defensa y vencer al enemigo, de cuantos medios la sugiere su obeso talento, y cuantas coqueterias puso en práctica para pescar al quinquenio difunto. Nada mas grato que ver á estos dos angelitos dirijiéndose miradas furtivas, suspirar al descuido, y apretarse la mano con cuidado cuando se imaginan no ser vistos. En aquel momento parecen una pareja de tórtolas, cuyos arrullos harian dormir al mismo Argos.

Estaba tambien, querido Beltran, mi hermosa prenda, jóven de unos veinte años, y cuya descripcion no quiero hacerte, tanto por no esponerla á la crítica de los desocupados, porque, homita ó fea, soy tan egoista, que deseára conocerla yo solo.

Entré y despues de los cumplimientos de costumbre, me obligaron á sentar, aunque afortunadamente ó de intento, quedé colocado teniendo á Doña Telesfora á mi derecha y á mi hermosa á la izquierda. Ocupado en contemplar á esta no habia observado en Justito, que sabido en el respaldo de mi silla, estaba comiendo un dulce, mientras que en cada una de sus manos oprimia con fuerza una yema bañada, siendolo en la realidad sus dedos; por fin el angelito concluyó la merienda, y juzgando que debia limpiarse en alguna parte, se echó sobre mi frac por la parte de los hombros, diciendo al mismo tiempo:

—Ola; ¿por qué no has venido antes, y hubieras comido arroz con leche?

Picaro, le gritó su mamá, viendo como me hacia poner meloso; baja de ahí, no ves que ensucias á ese caballero?

—No es nada, señora, la contesté, esto no mancha; y al mismo tiempo dirigia mi triste vista sobre mi frac, cuyos hombros estaban convertidos en caramelo. Confieso que entonces antes me acordé del sastre que de mi novia.

Excepto esta y la mamá de Justo, todos celebraron la gracia del angelito; tanto que animado con el aplauso, se baja del respaldo de mi silla y con presteza nunca vista empuña con su mano derecha el faldon izquierdo de la casaca de Crudeza y con la derecha la falda de gró del vestido de la viuda del Intendente y del Procurador, y dirigiéndose ambas cosas á la cara, se limpió el dulce que chorreaba por su barba, y que bañaba sus carrillos.

¿Quién seria capaz de describir el furor y el

enojo que se apoderó del buen Don Leon Crudeza y su idolo la viuda del repostero? Por fin se les mitigó el enfado, gracias á la pena que en el acto impuso el Sr. Veraguas á su dulce hijo, no sin la intervencion de Doña Lucia, que se lo llevó á la cama.

En esto entró el criado con unos platos en la mano y diciéndonos su amo:

—Ea, señores, sin cumplimiento, á tomar una friolera; nos fué dando á cada uno el suyo; con el que formamos muy lindo panorama, y en cuya postura nos tuvieron cerca de un cuarto de hora. No soy gastrónomo, pero te confieso que teniendo el plato en la mano hice apetito, y casi deseaba que sacasen cuanto antes la friolera que nos dijo Don Marcos. Por fin, siento venir al mozo, dirijo la vista, y veó... qué dirás que vi? Una gran bandeja llena de vasos de agua. El mozo empieza á repartirlos, y apenas me puso el mio, cuando iba yo á consumir el sacrificio bebiendo para soltar aquella carga, en esto me detiene Don Marcos diciendo:

—Espere V. Don José; muchacho, de prisa, dijo dirigiéndose al mozo, trae los azucarillos.

Por fin vino el criado trayendo en una bandejita unos cuantos azucarillos, y repartiendo como los platos y los vasos me llegó el turno, y puso en mi plato su volado, en ocasion en que me faltaba muy poco para estarlo. Inmediatamente lo eché en el agua y dejé el plato y demas sobre la camilla, con ánimo de no tocarlo hasta que fuera á beberlo. Entretanto sacaron chocolate, el cual me negué á tomar, prestando no tener gana, y despues de largos debates, se me concedió por fin que no tomase, puesto que no queria, aquel maldecido brevaje. Durante tan seria operacion, no cesaban Doña Telesfora y D. Leon de mirarse de medio lado, hacerse señas imperceptibles para los ciegos, y dirigirse fincitas con las sopas del chocolate. Mi novia no cesaba de darme continuamente con el codo para que observase los dengues de aquellas dos amarteladas crónicas ambulantes; tanto á ella como á su primita las retozaba la risa, en términos de tener que decir cualquier sandez para soltar el trapo, sin que fuera notada su mal encubierta alegría.

Desgraciadamente dióme ganas de coger con la mano izquierda el plato con el agua, en el momento en que Crudeza alargaba hasta poner junto á la boca de la viuda del Procurador, una sopita de chocolate compuesta de cerca de medio panecillo largo, diciéndola entre dientes, pero no tan bajo que no lo pudiésemos entender, «toma esta fineza, paloma mia.» Una estrepitosa carcajada sonó á la vez disparada por las dos primitas, al mismo tiempo que la que yo tenia mas próxima, quiso hacerme una seña para que viera lo que pasaba á mi derecha, y fué tan fuerte el envion que dió á mi brazo, que saltando el vaso lleno de agua, fué á parar desde el plato á la falda de gró de la cinco veces viuda.

Esta al verse bañar en agua de azucar, no sien-

do seguramente torrija, quiso levantarse para sacudir su vestido, y al quererlo hacer, dió con su plato en la mano que D. Leon tenia la fineza que la dirigia, y en tan desgraciado encuentro la jicara cayó del plato, yendo á aumentar la humedad del pobre vestido, y la sopa que aquel tenia entre sus dos dedos, vaciló primero en su posicion, y por último fué á parar á la cara del galanteador de la viuda, dejándole un poco mas moreno que de costumbre, y sus vigotes canos, teñidos con aquel contrahecho soconusco.

Al ver tan funesta catástrofe, quiso el bueno de D. Marcos levantarse á remediar en lo posible tan ridículo accidente, y queriendo hacerlo con mucha premura, se olvidó de su enorme vientre, con el que dando un fuerte envion á la camilla, fué el quinqué á caer entre los amantes, dejándonos á todos de un mismo color.

D. Marcos llamaba con todas sus fuerzas al criado para que trajese luces, pero no venia; yo, cuyo pié derecho le tenia preso dulcemente bajo otro mas pulido, no tenia tampoco el mayor afán, porque viniera: pero viendo que tardaba demasiado, saqué sin decir nada mi cajita de fósforos, y encendiendo con velocidad una cerilla, sorprendí el cuadro en la actitud mas graciosa que pudiera imaginarse; por un lado el pié que reposaba sobre el mío, era una enorme masa de carne propiedad de Doña Telesfora, la cual corrida de su sorpresa y equivocacion, no quiso retirarle sin venganza, y fingiendo que se iba á levantar, me dió tan fuerte pisoton, que me hizo exhalar un grito de dolor, y volviéndose tan lista como se lo permitia su obesidad, me dijo con una risita sardónica: Perdona V. Por otro lado D. Leon oprimía hacia sí á mi dulce novia, que acompañada de su primita, se habia refugiado al sofá.

Encendí la luz, y despues de mil cortesias, perdones y cumplimientos, vino el criado y recogió los platos, vasos y demas efectos, para evitar otra nueva calamidad, y todos volvimos á quedar con la misma seriedad que á mi entrada.

Don Marcos tiene un piano cenceril, el cual segun su opinion, le toca su Pepita con la mayor elegancia, por lo que, y por ser necesario que yo pasase por todas las ceremonias que son tan precisas en estos dias, dijeron á Pepita que tocase alguna cosa que pudieramos bailar los demas. La niña no se hizo rogar, y sentándose al piano, empezó á tocar la Polka; ¡aun sudo cuando me acuerdo! Al ruido de la música se entusiasma papá, y haciéndome coger la mano de su sobrina me obliga á levantar diciéndonos: «En baile.» En vano pretestaba yo contra aquella arbitrariedad diciéndo, que no sabia tal baile; no me sirvió, antes al contrario la viuda y el retirado empezaron á gritar, *la polka, ¡la polka!* Yo considerando que no habia remedio, no quise dejar de vengarme, por lo que cuando se restableció el silencio, me dirigí á D. Leon y le dije que sacára pareja y viniese á bailar, pues no

era razon que lo hiciese yo solo. Con el mayor asombro ví levantarse aquel intrépido veterano y dirigirse á la viuda, la cual salió á bailar.

El reló sonó por fin las diez, hora en que acostumbraba recogerse esta familia, por lo que empezando de nuevo las ofertas y cumplimientos, me despedí de tan amable reunion, firmemente resuelto, querido Beltran, á pasar otro año, semejante dia, metido en la cama, antes que esponerme á sufrir las ridículas impertinencias que lleva consigo la política familiar y franca de personas educadas bajo la influencia de las costumbres del hipócrita siglo XVIII.

JOSÉ DE COMINGES.



MONUMENTOS FRANCESES.

La estatua de Juana D' Arc.

18 de Mayo de 1429, fué, como se sabe, cuando Juana d' Arc obligó á los ingleses á levantar el sitio de Orleans; desde este día el recuerdo de la joven heroína está para los Orleanses rodeado de un prestigio reli-

jioso.

En otro tiempo se veía en el antiguo puente de Orleans, en el ángulo de las calles de Vielle Poterie y la Real, un grupo que representaba á Carlos VII y Juana d' Arc, arrodillados ante Nuestra Señora de la Piedad. Este monumento sufrió muchas vicisitudes: en 1567, cuando las conmociones religiosas, lo mutilaron, aun cuando despues fué reparado; mas adelante, habiendo obligado la demolición del puente antiguo, á que se quitase de aquel sitio, se colocó en el Hotel de Vielle, donde permaneció hasta 1771. Entónces obtuvo Mr. Desfriches á fuerza de súplicas que se reconstruyese, pero algunos años despues en 1792, se destruyó para fundir cañones.

La fiesta verdaderamente patriótica del 8 de Mayo, fué restablecida en 1803, y en esta fiesta se inauguró una estatua provisional de Juana d' Arc, esactamente igual á la que votó en 1843 la municipalidad.

El monumento que puede verse hoy en el centro de la plaza del Martron, y que es el que representa el grabado, no se erigió hasta 1805. Este es una estatua de bronce de ocho pies, debida al talento de Mr. Gois. Descansa sobre un pedestal de nueve pies de alto por cuatro de ancho, revestida de mármoles de notable belleza, y adornada de bajos relieves, cuyo asunto está tomado de la vida de la religiosa heroína.

El aniversario cuatrocientos catorce del triunfo de Orleans, se ha celebrado el 8 de Mayo último.



MISCELÁNEA.

—Hé aqui un asombroso descubrimiento que va á excitar un interés general: se trata de transformar nuestro cuerpo perecedero en una cosa mas dura que el pedernal, y tan indestructible como el granito.

El primer inventor de este método fue un italiano llamado Segato: decimos el primer inventor, porque Segato murió sin dar á conocer su secreto. Pero quedaban sus resultados, y eran demasiado extraordinarios para no excitar el deseo de penetrar

este misterio. El abad Baldacconi, preparador del museo de historia natural en Siena, y el profesor Comi, en Roma, le adivinaron en parte, y obtuvieron, cada uno por su parte, petrificaciones muy dignas de atencion.

El abad Baldacconi ha hecho conocer su procedimiento, que consiste en sumergir mas ó menos tiempo la sustancia animal en una solucion muy saturada de doce partes de deuto cloruro de mercurio, y de una ó dos partes de hidrociorato de amoniaco.

El problema parecia resuelto, y encontrado el secreto de Segato, cuando otro médico italiano, el sabio Silvestri, de Nápoles, que habia estado algun tiempo asociado á las investigaciones de Mr. Comi, ha ido á Paris á demostrar cuanto habia perfeccionado aquel método, sometiendo sus adelantos al juicio del instituto.

Admitidos á visitar el gabinete del doctor Silvestri, nuestra sorpresa ha igualado á nuestra admiración. Hemos visto diversas muestras de historia natural: peces, reptiles, insectos, moluscos, aves petrificadas con una delicadeza y una integridad de formas admirables. Las alas de la cigarra tienen toda su transparencia, sin que en los ojos de los peces se encuentre la menor opacidad. Tocais las plumas de un ave, y aquellas plumas tan suaves y con el mismo color que en su estado natural, han quedado implantadas en un cuerpo que no es mas que una piedra. ¿Se quiere estudiar la accion del liquido petrificador sobre seres de un volumen mas considerable? Allí esta la cabeza de un carnero, tan dura como el granito, y sin embargo la lana que le cubre es suave, flexible, y no ha sufrido la mas mínima alteracion. Levantad aquel velo verde que excita vuestra curiosidad, y encontrareis tres cabezas humanas que parece que tienen vida y pensamiento, y que se fijan con sus ojos inmóviles; pero aquellos ojos no son vidrios; en otro tiempo han expresado los sentimientos del alma. Una cabeza de muger está adornada de sus blondos cabellos. Nada es falso ni nada es postizo: se vé, se toca y queda uno convencido: las carnes estan petrificadas, duras y sonoras bajo los golpes de un martillo como si fueran de bronce; el color, perfectamente conservado, contribuye mucho á la expresion.

El procedimiento del doctor Silvestri es hasta ahora un secreto: se reserva hacerle conocer á la comision de la academia de las ciencias. Sin embargo, no teme anunciar que se sirve simplemente de sustancias conocidas, y que se venden muchas de ellas muy baratas. Con estas sustancias compone un liquido, en el que se ha de bañar por espacio indeterminado el objeto que se ha de petrificar. Resulta pues, no una incrustacion exterior, como se ve en la fuente de Saint-Alyre, en Auvernia, sino una penetracion, una infusion del liquido al través de la red del tejido orgánico sometido al experimento; y esto con una especie de inteligencia que asombra, porque las uñas, los cabellos, las cejas no

se convierten en piedra, y la transparencia rosada de la mano de un niño prueba que al infiltrarse el líquido no ha roto la trama celulosa de la carne. Se comprenderá con esto todo el partido que la historia natural podrá sacar de este descubrimiento para sus colecciones. El arte de los embalsamamientos llegará también por este medio á su mayor grado de perfección.

—Vá á publicarse en Tarragona, bajo la dirección del apreciable Sr. D. Ivo de la Cortina, una descripción de los monumentos y antigüedades que encierra de mas notable aquella ciudad. Se suscribe en Tarragona á 7 rs. en la redacción del *Faro de Franco*.

—Con gran gusto trasladamos á continuación las dos composiciones del presbítero D. Juan Capitan, catedrático del Instituto Jerezano, tan modesto de carácter como reconocido por su saber y su estro.

Aquí yace

DON JOSÉ PALOMINO Y CAMACHO;

talento precoz para las ciencias y las artes;

modelo de virtud, aplicación y constancia;

única esperanza de sus afligidos padres,

y honor de sus Maestros:

fallecido

á los 18 años de su edad

el 25 de febrero de 1845.

Breve ha sido en la tierra tu morada;
Y al templo apenas del saber volaste,
Cuando tu clara luz yace apagada
Y marchitos los lauros que ganaste.
Lamenten ¡ay! tus padres arrancada
La esperanza que en flor les apuntaste,
Mientras hoy tus Maestros, su lamento
Te consagran en este monumento.
D. E. P.

A un amigo que deseaba le felicitase sus días en verso.

Tiempos hay contra el Númen tan airados,
Que ciñen de Medusa los cabellos
A la Musa gentil, y en piedra al vello
Los mas fecundos vates son trocados.
No mires, pues, mis versos si menguados
O ricos van, ó sórdidos ó bellos;
Que de tediosa vida son destellos
En prisma nebuloso tinturados.
Si tus días el Sol llevar pudiera
Cuando al Cancro visita, y ardoroso
Se temple en el frescor de mi ribera;
Tendido yo en el césped oloroso
Bajo enramadas cúpulas, me diera
Su canto el ruiseñor armonioso.

—Origen de la orden militar de la espuela.—Esta institución se creó el año 1266 en el reino de

Nápoles por Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, con el fin de recompensar á la nobleza cuando se declaró en favor suyo contra Mainfroido. Despues de las grandes pruebas de hidalguía, se celebraba la ceremonia con pompa y magnificencia. El aspirante se presentaba el día señalado en la iglesia catedral de Nápoles, en la cual se levantaba un magnífico tablado, adornado con una delicadeza y magestad sorprendentes. El rey y la reina se colocaban en el trono, rodeados de toda su corte, y en el mismo tablado se colocaba un sillón forrado de tafetan ó de damasco verde. El arzobispo revestido de diácono, acompañado del clero y sufragáneos, le recibia el juramento sobre los santos Evangelios, de que jamás tomaria las armas contra el rey, so la pena de ser declarado por infame, y de ser ejecutado de muerte si llegase á caer prisionero de guerra. También prestaba juramento de defender, hasta perder la vida, á las damas, tanto casadas como solteras y viudas, y á los huérfanos, siendo su causa justa. En seguida lo presentaban dos caballeros ancianos al monarca, el que le daba el espaldarazo con la hoja de su espada, diciéndole: *Dios te haya buen caballero*. Acto continuo se presentaban siete damas de la reina; y con todas las formalidades de costumbre le ceñian la espada, y cuatro caballeros le calzaban las espuelas que eran de oro. Luego le tomaba la reina de la mano derecha, y le conducia á otra silla ricamente adornada, sentándose la misma reina á la izquierda y el rey á la derecha; los cortesanos y magnates también tomaban asiento en taburetes mas bajos. Concluida esta ceremonia, se servia un gran banquete, ó colacion, compuestos todos los platos de confituras, con lo que se daba por terminada la ceremonia.—S. H.

CRONICA DE MADRID.

—Eскурiones de verano.—Días festivos.—Bomeria de S. Isidro.—Litografía.—El Génió.—Una novela.—Teatros.—Principi.—Cruz.—Circo.—Variedades.—Un concierto particular.—Modas.—Exposición de la Trinidad.

Al paso que avanza la estación de Verano, vemos irse disponiendo las correrías y escursiones, que tan en boga estuvieron el año anterior, y en las que sin duda se gozó, al par que de una temperatura mas benigna, de solaz y recreo que siempre prestan las diversiones campestres, donde hasta cierto punto se olvida la etiqueta cortesana para entregarse al bullicio y animacion popular, hija de las circunstancias. El sitio del Escorial será sin duda el mas favorecido este año, como el pasado, de lo escogido de nuestra sociedad, y esperamos, que reuniéndose las mismas personas, se reproducirán aquellas cabalgatas, aquellas *soirées rústicas* que no ofrecieron ningun disgusto, y si muchos ratos de distracción sencilla y natural. El Prado y la Fuente Castellana, en los días que el viento lo permite, están bastante concurridos de nuestras bellas, que ahora mas que nunca ostentan sus encantadoras formas con los breves trajes, y los adornos naturales. La otra tarde se nos preguntaba que por qué razón no se veia en el Prado á la encantadora joven de N., y entonces la nube de la tristeza y del sentimiento pasó por nuestra frente: no supimos qué contestar, porque en aquel mismo instante se nos ocurrió, que tal vez seríamos la causa de tan lamentable proscrición: á veces una idea vertida en medio de la pasión es suficiente á destruirlo que fomenta una febril ilusión, ó un inextinguible cariño.

Nuestra reaccion religiosa, empezada en los altos salones, ha vuelto á recordar á los ánimos indolentes los sacrosantos dogmas de nuestra religion; así es que los dias festivos están extraordinariamente concurridos las iglesias de esta corte: la de S. Ginés y Porta-Caeli da doce á una encierran tanta multitud de elegantes jóvenes, que es imposible entrar en ellas sin tomar algunas horas de anticipacion. ¡Porta-Caeli principalmente es el núcleo, el centro de cuantos soles vemos brillar pocas horas despues en el salon del Prado!

La romería de S. Isidro ha estado este año, si es posible, mas animada que el anterior; la víspera del Santo, el día y los siguientes, en las altas horas ha habido en la cuesta que vá á la ermita un paseo bastante elegante; por la pradera se veian gozando de mas libertad personas de ambos sexos, y las fondas y puestos han tenido un gusto maravilloso; en la de Perona principalmente estuvieron siempre tomadas todas las localidades; y eso que lo que se suministraba tenia la temperatura de 3 grados bajo cero. La romería de S. Isidro, aun cuando verdaderamente no ofrece una diversion completa á los que viven en la culta sociedad, es un recuerdo popular, que escita siempre el contento, y al que se presta el tributo de la asistencia como una necesidad de orgullo ó de gloria nacional: el panorama que se ofrece desde la Puerta de Segovia hasta mas allá del altillo, es encantador, pitoresco; por un lado el bullicio de aquella multitud que se ajita y arremolina en distintas direcciones; por otro aquel cruzar continuo, rapido, prodijoso, de variados carruajes y caballerías, levantando nubes de polvo; y por todos el ruido infernal, pero siempre alegre, de las campanillas, las carracas y los gritos de los horrachos, ó de los que aparentan estarlo: todo, en fin, presta distraccion, y sola deja un triste recuerdo, cuando, como este año, hay que lamentar desgracias hijas de la imprudencia, ó de la poca precaucion. La tarde del día del santo vimos á varios ministros de S. M. gozando del general regocijo.

Tenemos á la vista el retrato litografiado que acompaña á la biografía de Turenna en el número 13 del *Sospira*, periódico literario que se publica en Zaragoza, y además de recomendarlo al Director, nuestro amigo, cumplimos con un deber de justicia en prestar nuestros elogios á la dibujante, la señorita Doña Ana Asenso, á quien aconsejamos siga en su aplicacion, pues tiene disposicion y talento para ello. Tambien recomendamos el segundo tomo del *Genio*, periódico literario catalan que dirige nuestro amigo el apreciable poeta D. Victor Balaguer, porque hasta leer un número de tan bella publicacion para conocer que es de las mejores que salen á luz en esta época.

Se ha publicado hace unos dias en esta corte una novela titulada *¿Quién es ese hombre?* de la Señora Doña Josefa Mier de Moya, dama joven del teatro del Príncipe, y amiga nuestra: en lo que hemos leído de ella reconocemos talento y disposicion: su lenguaje es castizo, y el interes está bastante bien sostenido; por lo demás creemos que sería un delirio pedir otras perfecciones á una señora, que tiene otras ocupaciones, y que no se consagra esclusivamente á la literatura.

Los teatros principales siguen dando funciones lindísimas y muy concurridas del público.—En el Príncipe se disponen varias obras originales, en las que ostentarán sus brillantes dotes artísticos, la encantadora Matilde Díez, y su esposo Don Julian Romá.—El nuevo incidente que ha ocurrido en la Cruz nos priva oír por ahora al inspirado Guasco, y á la brava Tosi; pero creemos que si se atiende á la justicia, y se postergan ambiciones, envidias y miserias, podremos pronto volver á admirar los melodiosos cantos de aquellos cantantes: la razon del empresario de la Cruz está tan patente, como en el maestro Carnicer el resentimiento de un hecho, que aunque lo crea ofensivo á su merito, es personal y no debia, ni debe, mezclarse con los intereses del público. A la brillante orquesta de este teatro parece que la empresa trata dar un homenaje, lo que será muy justo, y honrará indudablemente á los señores empresarios. La última ópera que ymos en este teatro, fué la de Bellini *Montichi ed Cappuletti*, á beneficio de la señora Tosi, en el papel de *Romeo* esta hizo lucir su inimitable accion, muy particularmente en el último acto, al manifestar con sus expresivos ojos, y su terrible agonía, el sentimiento de ver á su *Julietta* viva cuando él muere creyendo que le acompaña al sepulcro. La señora *Chimeno* en la *Romanza* del primer acto estuvo muy feliz, principalmente en el recitado, si bien en el dúo con la Tosi del mismo acto, no hubo aquella armonía y uniformidad que esperamos; Guasco no nos agradó como en el *Hernani* y *Maria di Rohán*, porque al su categoría es para

una ópera como *Montechi*, ni tampoco su voz aquella noche estaba en disposicion de lucirse. Desearíamos oír á este tenor en otros *spartitos*, pues estamos convencidos de que el cantor que despues de Moriani se hace aplaudir tan extraordinariamente como Guasco es una notabilidad en su género, si ya no probáse desde luego tener 27 óperas escritas espesamente para él. Por último, el señor Recerra nos mostró los adelantos que día en día hace: el *spartito* en lo general salió bien, y la escena estuvo perfectamente servida.

En el Circo se ha cantado *Beatrice di Tenda*: la primera noche tuvo muy mal éxito la ejecucion, hasta el punto de no conocerse al decantado *Ranconi*: la segunda salió mejor, en particular el aria de este en el tercer acto. El señor *Ranconi* es un cantante de mérito; su voz es clara, conoce muy á fondo la música, y en la parte mimica poens habrá que le aventajen, pero á veces, y esto sucede con frecuencia, desafina hasta llegar á subirse medio punto, causando unas disonancias infernales. En *Maria di Rohán* es donde se juzga este artista, porque es imposible concebir mas maestría, mas inteligencia, mas estudio en la lectura de la carta de el tercer acto, y en las escenas siguientes: allí se le aplaude con furor, y allí se olvidan esos descuidos naturales que en nada menguan su justamente adquirida reputacion. Del señor *Bellini* solo diremos que al lado de tan eminentes actores, no puede lucir las dotes que tenga, á pesar de sus laudables esfuerzos. Tanto en este teatro como en el de la Cruz se lucha siempre con la memoria del célebre Moriani: no sabemos á qué atribuirlo, pero lo que nadie nos negará es, que todas las noches que cantaba aquel tenor las localidades se tomaban con anticipacion, y se le oía con tanto entusiasmo cual nunca despues hemos visto. Moriani sabía jugar con su voz, y aprovecharse de las ocasiones, cantando á su capricho y haciéndose aplaudir siempre que quería: ahora mas que nunca quisiéramos volverle á oír.

El tenor *Tamberlisk*, procedente de Lisboa, ha llegado á esta corte para formar parte de la compañía de este teatro, y muy luego llegará tambien la *Albertini*, que se dice obtendrá un gran éxito. Se asegura que para Selicembre oiremos al célebre bajo profundo Carlos Porto.

En el teatro de *Varietades*, á la hora en que nuestros suscritores lean esta crónica, se habrá puesto en escena un drama del Sr. Robello (no Fidel) titulado *Dos congnacas y un castigo*: tenemos de esta obra buenos informes. De otras piezas que se han representado en este teatro ya hemos hablado, restándonos solo decir, que siempre se distingue el actor D. Dalmacio Detrell, y que si no se nombra una comision de censura para la admision de producciones, los intereses de la empresa se perjudicarán, y los actores saldrán á la escena como una liebre que vá al matadero.

Hace unos dias asistimos á una reunion musical, donde tuvimos el gusto de oír, entre otros, á los Sres. D. Florencio Latorre y D. Cristóbal Oudrid: el primero tocó muy bien su linda *Jota aragonesa con variaciones*, y el segundo, acompañando á varias señoritas, nos probó que los aplausos que recibió al presentarse por primera vez en el Liceo, fueron justos y merecidos; este joven recorriendo algunos países, y continuando en su aplicacion, podrá algun dia ser la honra de nuestra patria.

Las últimas modas de verano aun no se han fijado, pero creemos que, para el próximo número podremos ofrecerlas á nuestras bellas lectoras.

Debemos concurrir á la *exposicion de productos nacionales* de la Trinidad, y por hoy solo diremos que ha llenado nuestros deseos, si se atiende al ningun estímulo que en España tienen las artes, y por consiguiente á la inercia, al descuido que reina entre los artistas. Los paños en lo general son muy buenos; el papel de Villaluengo esquisito, y las encuadraciones y obras de platería superan á cuanto hasta el día se ha presentado. De los pianos nada podemos decir, porque el día que visitamos la exposicion, se esperaba al infante, y no se permitió á un joven pianista que nos acompañara pulsar los teclados. Tan luego como se cierre la admision, daremos á nuestros suscritores una estensa y circunstanciada noticia de cuanto háyamos visto, y examinando detenidamente cuanto merezca fijar la atencion.

RAMOS DE YALLADARES Y SAATEDRA.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALANA,

Calle del Duque de Alba, n. 13